

ERCILLA Y LA ARAUCANA

POR

SAMUEL A. LILLO

(Conclusión)



RETRATOS

La Araucana, como los otros poemas épicos, tiene también retratos, pero debemos hacer algunas observaciones acerca de ellos.

Desde luego sólo tiene siluetas de héroes araucanos. No hay de mujeres, salvo la de Glaura.

Tampoco hay retratos de españoles.

En el Canto I hay una magnífica descripción de los araucanos, que puede considerarse como un retrato colectivo en el que aparecen los rasgos físicos y morales dominantes de este pueblo.

Retrato de los araucanos

Son de gestos robustos, desbarbados,
bien formados los cuerpos y crecidos,
espaldas grandes, pechos levantados,
recios miembros, de nervios bien fornidos,
ágiles, desenvueltos, alentados,
animosos, valientes, atrevidos,
duros en el trabajo y sufridores
de fríos mortales, hambres y calores.

No ha habido rey jamás que sujetase
esta soberbia gente libertada,
ni extranjera nación que se jactase
de haber dado en sus términos pisada;
ni comarcana tierra que se osase
mover en contra y levantar espada:
siempre fué exenta, indómita, temida,
de leyes libre y de cerviz erguida.

Son notables los retratos de Caupolicán y de
Lautaro:

Retrato de Caupolicán

Tenía un ojo sin luz de nacimiento,
como un fino granate colorado;
pero lo que en la vista le faltaba
en la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho,
varón de autoridad, grave y severo,
amigo de guardar todo derecho,
áspero, riguroso, justiciero,
de cuerpo grande y relevado pecho,
hábil, diestro, fortísimo y ligero,
sabio, astuto, sagaz, determinado,
y en casos de repente reportado.

Retrato de Lautaro

Fué Lautaro industrioso, sabio, presto,
de gran consejo, término y cordura,
manso de condición y hermoso gesto,
ni grande ni pequeño de estatura:
el ánimo en las cosas grandes puesto,
de fuerte trabazón y compostura,

duros los miembros, recios y nervosos,
anchas espaldas, pechos espaciosos.

Hay en la exposición de los rasgos salientes de Lautaro, una contradicción con los hechos.

Ercilla dice en este retrato que el joven toqui es manso de condición, y esta cualidad no la tuvo nunca. Lejos de eso, se hizo notar siempre por su espíritu belicoso, por la feroz inquina que tuvo a los españoles, a quienes no dejó un momento de reposo desde que tomó el mando de una parte de las huestes araucanas.

Se sabe que hasta los mismos indios le temían y sentían por él una especie de miedo supersticioso, por su actividad maravillosa y su trato cruel.

El Sr. Thayer Ojeda en su interesante trabajo sobre los héroes indígenas de La Araucana, apoyado en los documentos de don Toribio Medina, dice: ¿Cómo decir de Lautaro que era manso de condición cuando, según los contemporáneos, era inquieto, cruel y tenía fama de ser el indio más belicoso y que si no lo mataran, jamás habría habido paz en la tierra? (1)

Este retrato, pues, no es exacto, porque muchas de las verdaderas cualidades de Lautaro las dió Ercilla, como decimos en otra parte, a Caupolicán, cuando se vió obligado por las circunstancias a escogerlo para héroe principal del poema.

En unas fiestas de araucanos se distingue por su esfuerzo y gallardía el joven Orompello, de

(1) T. THAYER OJEDA. Los héroes indígenas de La Araucana *Revista Chilena de Historia y Geografía*. Tomo XV. Pág. 306.

quien hace el poeta la siguiente simpática descripción:

Era Orompello mozo asaz valido,
que desde su niñez fué muy brioso,
manso, tratable, fácil, corregido,
y en ocasión, metido, valeroso;
de muchos en asiento preferido
por su esfuerzo y linaje generoso,
hijo del venerable Mäuropande,
primo de Tucapel y amigo grande.

No hay otro retrato de mujer araucana que este magnífico medallón de Glaura, que predispone en favor de esta muchacha hermosa y bien formada, que el poeta parece que ha querido presentar como el tipo de la hermosura de la raza.

Era mochacha grande, bien formada,
de frente alegre y ojos extremados,
nariz perfecta, boca colorada,
los dientes en coral fino engastados;
espaciosa de pecho y relevada,
hermosas manos, brazos bien sacados,
acrecentando más su hermosura
de un natural donaire y apostura.

No hay ningún perfil de mujer española fuera de unas líneas dedicadas a doña Mencía de Nidos, la heroína de Concepción, que no alcanzan a formar siquiera un esbozo de esta simpática y varonil figura con que el poeta adorna una de las páginas más tristes de la reconquista indígena y del exodo español hacia el norte:

Doña Mencía de Nidos, una dama
noble, discreta, valerosa, osada,
es aquella que alcanza tanta fama
en tiempo que a los hombres es negada;
estando enferma y flaca en una cama,
siente el grande alboroto, y esforzada,
asiendo de una espada y un escudo,
salió tras los vecinos como pudo.

ESTILO Y DESCRIPCIONES

Los que niegan a La Araucana su carácter de epopeya se fundan, además de otras razones de que ya nos hemos hecho cargo, en que su estilo es pobre y sin la majestad que debe tener el poema épico.

Es cierto que el estilo de La Araucana es a veces vulgar y algunos de sus pasajes no son otra cosa que partes de una crónica rimada. Pero en conjunto, el estilo es cuidado, con figuras si no muy brillantes, por lo menos correspondientes a la importancia de los sucesos que narra.

Sus comparaciones y metáforas son tomadas de la naturaleza, como pasa en la mayor parte de las narraciones épicas. Los ríos, las montañas, las fieras, los astros, los vientos y las aves, son los puntos centrales de sus relaciones comparativas.

Cuando sale de la narración corrida de los sucesos y se remonta a las reflexiones filosóficas, describe alguna batalla o sorpresa, hace hablar algún héroe o cuenta algún episodio, abandonando el camino llano, asciende triunfante hacia las cumbres de la poesía y tiene acentos y arranques propios de los grandes poetas épicos.

Sobre todo sus arengas y sus descripciones bélicas son modelos de majestad, emoción, viveza y movimiento.

Entre las descripciones sobresalen por la fuerza y el vigor la de la batalla de Tucapel en que, gracias a la intervención de Lautaro, fué derrotado y muerto el gran capitán Pedro de Valdivia; la de aquella sangrienta derrota que Lautaro infligió a Villagrán en la cuesta que hoy lleva su nombre y en la cual los araucanos se apoderaron hasta de los cañones españoles y persiguieron a los fugitivos hasta Concepción que tomaron y destruyeron, y la del asalto al Fuerte de Penco, a la llegada de Hurtado de Mendoza

Damos a continuación un trozo de la descripción de la batalla de Tucapel y otro del asalto al Fuerte de Penco:

Descripción de la batalla de Tucapel

Viendo Valdivia serle ya forzoso que la fuerza y fortuna se probase, mandó que al escuadrón menos copioso y más vecino, a fin que no cerrase, saliese Bobadilla, el cual furioso, sin que Valdivia más le amonestase, con poca gente y con esfuerzo grande, asalta el escuadrón de Mareande.

La piquería del bárbaro calada, a los pocos soldados atendía; pero al tiempo del golpe levantada, abriendo un gran portillo se desvía; dáles sin resistir franca la entrada, y en medio el escuadrón los recogía;

las hileras abiertas se cerraron,
y dentro a los cristianos sepultaron.

Como el caimán hambriento, cuando siente
el escuadrón de peces, que cortando
viene con gran bullicio la corriente,
el agua clara en torno alborotando;
que abriendo la gran boca, cautamente
recoge allí el pescado, y apretando
las cóncavas quijadas lo deshace,
y al insaciable vientre satisface;

pues de aquella manera recogido
fué el pequeño escuadrón del homicida
y en un espacio breve consumido,
sin escapar cristiano con la vida;
ya el araucano ejército movido
por la ronca trompeta obedecida,
con gran estruendo y pasos ordenados
cerraba sin temor por todos lados.

La escuadra de Mareande encarnizada,
tendía el paso con más atrevimiento;
viéndola así Valdivia adelantada,
no escarmentado, manda a su sargento,
que, escogiendo la gente más granada,
dé sobre ella con recio movimiento;
pero diez españoles solamente
pusieron a la muerte osada frente.

Contra el escuadrón bárbaro importuno
ir se dejan sin miedo á rienda floja
y en el encuentro de los diez, ninguno
dejó allí de sacar la lanza roja;
desocupó la silla solo uno,
que con la basca y última congoja
de la rabiosa muerte el pecho abierto,
sobre la llaga en tierra cayó muerto.

Y los nueve después también cayeron,
haciendo tales hechos señalados,
que digna y justamente merecieron
ser de la eterna fama levantados:
hechos pedazos todos diez murieron,
quedando de su muerte antes vengados:
en esto la española trompa oída
dió la postrer señal de arremetida.

Salen los españoles de tal suerte
los dientes y las lanzas apretando,
que de cuatro escuadrones, al más fuerte.
le van un largo trecho retirando:
hieren, dañan, tropellan, dan la muerte,
piernas, brazos, cabezas cercenando;
los bárbaros por eso no se admiran,
antes cobran el campo y los retiran.

Sobre la vida y muerte se contiende,
perdone Dios a aquel que allí cayere;
del un bando y del otro así se ofende,
que de ambas partes mucha gente muere:
bien se estima la plaza y se defiende;
volver un paso atrás ninguno quiere;
cubre la roja sangre todo el prado,
tornándole, de verde, colorado.

Del rigor de las armas homicidas
los templados arneses retiñían,
y las vivas entrañas escondidas
con carniceros golpes descubrían:
cabezas de los cuerpos divididas,
que aún el vital espíritu tenían,
por el sangriento campo iban rodando,
vuelos los ojos ya paladeando.

El enemigo hierro riguroso
todo en color de sangre lo convierte;

siempre el acometer es más furioso,
pero ya el combatir es menos fuerte:
ninguno allí pretende otro reposo
que el último reposo de la muerte,
el más medroso atiende con cuidado
a sólo procurar morir vengado.

La rabia de la muerte y fin presente
crió en los nuestros fuerza tan extraña,
que con deshonor y daño de la gente
pierden los araucanos la campaña;
al fin dan las espaldas; claramente
suenan voces: ¡vitoria! ¡España! España!
mas el incontrastable y duro hado
dió un extraño principio a lo ordenado.

**Asalto de los araucanos al fuerte de Penco.—Hazañas de
Gracolano y Tucapel**

FRAGMENTOS DE LOS CANTOS XIX Y XX

El nuevo Gobernador, don García Hurtado de Mendoza, al desembarcar en Talcahuano, hizo construir un fuerte que le permitiera esperar con confianza la llegada de su caballería que venía por tierra y sin la cual no podía penetrar con buen éxito en las tierras de Arauco.

Este fuerte estaba rodeado de un ancho foso y defendido por una alta muralla, en la cual asomaban sus bocas 8 piezas de artillería.

Los araucanos, divididos en tres escuadrones al mando de Caupolicán, cayeron de improviso sobre la fortaleza, y la atacaron a pechos descubiertos.

Entre los caudillos más animosos venían Tucapel, ya conocido por sus proezas y Gracolano, joven

impetuoso, que había jurado llegar hasta el corazón mismo del fuerte español, abriéndose paso por entre los hierros enemigos, con la punta de su lanza y el esfuerzo de su brazo.

Luego que en la montaña, en lo más alto, tres gruesos escuadrones parecieron, juntos a un mismo tiempo hicieron alto y el sitio desde allí reconocieron: visto el foso y el muro, el fiero asalto dada la seña, todos tres movieron, esgrimiendo las armas de tal suerte que a nadie reservaban de la muerte,

El mozo Gracolano, no olvidado de la arrogante oferta y gran promesa, de varias y altas plumas rodeado, blandiendo una tostada pica gruesa, venía de ellos gran trecho adelantado, rompiendo por el humo y lluvia espesa de las balas y tiros arrojados por brazos y cañones reforzados.

Llegado al justo término, terciando la larga pica, arremetió furioso, y en tierra el firme regatón fijando, atravesó de un salto el ancho foso: y por la misma pica gateando arriba sobre el muro vitorioso, a pesar de las armas contrapuestas, lanzas, picas, espadas y ballestas.

No agarrochado toro embravecido la barrera embistió tan impaciente, ni fué con tanta fuerza resistido de espesas armas y apiñada gente, como el gallardo bárbaro atrevido,

que temeraria y venturosamente,
rompiendo, al parecer, lo más seguro,
sube por fuerza al defendido muro,

donde sueltas las armas empachadas,
que aprovecharse dellas no podía,
a bocados, a coces y a puñadas
ganar la plaza el solo pretendía.

Los tiros, golpes, botes y estocadas,
con gran destreza y maña rebatía,
poniendo pecho y hombro suficiente
al ímpetu y furor de tanta gente.

En medio de las armas, a pie quedo,
sin ellas su promesa sustentaba,
y con gran pertinacia y poco miedo
de morir más adentro procuraba;
y en el vano propósito y denuedo,
herido ya en mil partes, porfiaba:
que su loca fortuna y diestra suerte
tenían suspenso el golpe de la muerte.

Así que en la demanda necia instando,
se arroja entre los hierros y se mete,
cual perro espumajoso, que rabiando
a donde más le hieren arremete:
y el peligro y la vida despreciando,
lo más dudoso y áspero acomete,
desbaratando en torno mil espadas
al obstinado pecho encaminadas.

Viéndose en tal lugar solo, y tratado
según la temeraria confianza,
no de su pretensión desconfiado,
mas con alguna menos esperanza,
a los brazos cerró con un soldado,
y de las manos le sacó la lanza,

sobre la cual echándose en un punto
pensó salvar el foso y vida junto.

Mas la instable fortuna, ya cansada
de serle curadora de la vida,
dió paso en aquel tiempo a una pedrada
de algún gallardo brazo desprendida,
que en la cóncava sien la arrebatada
piedra gran parte le quedó sumida,
trabucándole luego de lo alto,
yendo en el aire en la mitad del salto.

Como el troyano Euricio que, volando
la tímida paloma por el cielo,
con gran presteza el corvo arco flechando
la atravesó en la furia de su vuelo,
que, retorciendo el cuerpo y revolando,
como redondo ovillo vino al suelo:
así el herido mozo en descubierto
dentro del hondo foso cayó muerto.

De treinta y seis heridas justamente
cayó el mísero cuerpo atravesado,
sin el último golpe de la frente,
que el número cerró ya rematado:
y la pica que el bárbaro valiente
de franca y buena guerra había ganado,
quedó arrimada al foso de manera
que un trozo descubierto estaba fuera.

Pero el joven Pinol que prometido
había de acompañarle en el asalto,
y con él hasta el foso arremetido,
aunque no se atrevió a tan grande salto,
como al valiente amigo vió tendido,
y descubrir la pica por lo alto,
la arrebató tomando por remedio
poner con pies ligeros tierra en medio.

Mas como no haya maña ni destreza
contra el hado preciso y dura suerte,
ni bastan prestos pies ni ligereza
a escapar de las manos de la muerte:
que al que piensa huir, con más presteza
le alcanza de su brazo el golpe fuerte,
como al ligero bárbaro le avino
en mudando propósito y camino:

que apenas cuatro pasos había dado,
cuando dos gruesas balas le cogieron
y de la espalda al pecho atravesado
a un tiempo por dos partes le tendieron.
No dió el alma tan presto que un soldado
de dos que a socorrerle arremetieron,
de la costosa lanza no trabase
y con peligro suyo la salvase.

Luego de trompas gran rumor sonando,
la gruesa pica en alto levantaron
y a toda furia en hila igual cerrando,
al foso con gran ímpetu llegaron,
donde forzosamente reparando
la munición y flechas descargaron
en tanta multitud que parecían
que la espaciosa tierra y sol cubrían.

Pues en esta sazón Martín de Elvira
(que así nuestro español era llamado)
de lejos la perdida lanza mira
que el muerto Gracolan le había ganado:
con loable vergüenza ardiendo en ira,
de recobrar su honor deliberado,
por una angosta puerta que allí había
solo y sin lanza a combatir salía.

Con un osado joven, que delante
venía la tierra y cielo despreciando,

de proporción y miembros de gigante,
un asta de dos costas blándeando,
que acá y allá con término galante
la gruesa y larga pica floreando,
ora de un lado y de otro, ora derecho
quiso tentar del enemigo el pecho,

tirando un recio bote, que cebado
le retrujo seis pasos, de tal suerte
que el gallardo español desatinado,
se vió casi en las manos de la muerte;
pero como animoso y reportado,
haciendo recio pie, se tuvo fuerte
pensando asir la pica con la mano,
mas este pensamiento salió vano:

que el bárbaro advertido diestramente,
dió un gran salto hacia atrás cobrando tierra
y blandiendo la pica reciamente
quiso con otro rematar la guerra.

El español mañoso y diligente
dándole lado, de la pica afierra
y agujijando con ella, a su despecho,
cerró presto con él, pecho con pecho.

Y habiendo con presteza arrebatado
una secreta daga que traía,
cinco veces o seis por el costado
del bravo corazón tentó la vía.
El bárbaro mortal, ya desangrado
por todas, la furiosa alma rendía,
cayendo el cuerpo inmenso en tierra frío,
ya de sangre y espíritu vacío.

El valiente español que vió tendido
a su enemigo y la vitoria cierta,
cobró la pica y crédito perdido,
retrayéndose ufano hacia la puerta:

donde por los amigos conocido,
fué sin contraste en un momento abierta,
y dentro recibido alegremente
con grande aplauso y grito de la gente.

En este tiempo ya por todos lados
la plaza los contrarios expugnaban
que, a vencer o morir determinados,
por los fuegos y tiros se lanzaban:
y encima de los muertos hacinados,
los vivos a tirar se levantaban,
de donde más la cierta puntería
el encubierto blanco descubría.

Unos con ramas, tierra y con maderos
ciegan el hondo foso presurosos:
otros que más presumen de ligeros
hacen pruebas y saltos peligrosos:
y los que les tocaba ser postreros,
de llegar a las manos deseosos,
tanto el ir adelante procuraban
que dentro a los primeros arrojaban.

Más de los muchos muertos y heridos
de nuestros arcabuces de mampuesto,
y de otros arrojados y caídos
el foso se cegó y allanó presto:
por do los enemigos atrevidos
arremetieron, el temor pospuesto,
llegando por las partes más guardadas
a medir con nosotros las espadas.

Y prosiguiendo en el osado intento,
de nuevo empiezan un combate duro:
más otros con mayor atrevimiento
trepaban por las picas sobre el muro:
que al bárbaro furor y movimiento
ningún alto lugar había seguro,

ni parte por más áspera que fuese,
donde no se escalase y combatiese.

Los nuestros sobre el muro amontonados
los rebaten, impelen y maltratan,
y con lanzas y tiros arrojados
los derriban abajo y desbaratan:
más poco los demás amedrentados
la difícil subida no dilatan,
antes procuran luego embravecidos
ocupar el lugar de los caídos.

Unos así tras otros procediendo,
ganosos de honra y de temor desnudos,
siempre la priesa y multitud creciendo,
crece la furia de los golpes crudos.
Los defendidos términos rompiendo,
cubiertos de sus cóncavos escudos,
nos pusieron en punto y apretura
que estuvo lo imposible en aventura.

En este tiempo, Tucapel furioso
apareció gallardo en la muralla,
esgrimiendo un bastón fuerte y ñudoso
todo cubierto de luciente malla:
como el león de Livia vedijoso,
que, abriendo de la tímida canalla
el tejido escuadrón, con furia horrenda
desembaraza la impedida senda,

así el furioso bárbaro arrogante
discurre por el muro derribando
todo lo que allí coge por delante,
su misma gente y armas tropellando.
Quisiera tener lengua y voz bastante
para poder en suma ir relatando
el singular esfuerzo y valentía
que el bravo Tucapel muestra este día.

No las espesas picas ni pertrechos
bastan puestas en contra a resistirle,
ni fuertes brazos ni robustos pechos,
pueden acometiéndole impedirle:
que montones de gente y armas hechos,
rompe y derriba sin poder sufrirle:
y aun no contento desto osadamente
se arroja dentro en medio de la gente.

Y al peligro las fuerzas añadiendo,
la poderosa maza rodeaba,
unos desbaratando, otros rompiendo:
siempre más tierra y opinión ganaba.
Al fin los duros golpes resistiendo,
por las armas y gente atravesaba
hiriendo siempre a diestro y a siniestro
con grande riesgo suyo y daño nuestro.

También hacia la banda del poniente
había Peteguelen arremetido,
y, a despecho y pesar de nuestra gente,
en lo más alto del bastión subido:
que el valeroso corazón ardiente
le había por las entrañas esparcido
un belicoso ardor, como si fuera
en la verde y robusta edad primera.

Mucho no le duró, que a poca pieza
le arrebató una bala desmandada
de los dispuestos hombros la cabeza,
rematando su próspera jornada:
tras ésta disparó luego otra pieza,
hacia la misma parte encaminada,
llevando a Guampicol que le seguía
y a Surco, Longomilla y Lebopía.

.....
.....

Por otra parte, arriba en la muralla,
siempre con rabia y priesa hervorosa,
andaba muy reñida la batalla,
y la vitoria en confusión ruidosa:
vuela en el aire la cortada malla,
y de sangre caliente y espumosa
tantos arroyos en el foso entraban
que los cuerpos en ella ya nadaban.

Así de ambas las partes reciamente
por la plaza y honor se contendía:
quien sobre el muerto sube diligente
quien muerto sobre el vivo allí caía.
Don García de Mendoza osadamente
su cuartel con esfuerzo defendía,
al gran furor y bárbara violencia
haciendo suficiente resistencia.

Don Felipe Hurtado a la otra mano,
don Francisco de Andia y Espinosa,
y don Simón Pereira, lusitano,
don Alonso Pacheco y Ortigosa,
contrapuestos al ímpetu araucano,
hacían prueba de esfuerzo milagrosa,
resistiendo a gran número la entrada,
a pura fuerza y valerosa espada.

.....
.....

Tanto el daño creció, que de aquel lado
los fieros araucanos aflojaron,
y rostro a rostro, en paso concertado,
quebrantado el furor se retiraron:
los otros, visto el daño no pensado,
también del loco intento se apartaron:
quedando Tucapel dentro del fuerte
hiriendo, derribando y dando muerte.

.....
.....
El cual, como encerrada bestia fiera,
ora de aquella y ora desta parte
abre sangrienta y áspera carrera
y por todas el daño igual reparte,
con un orgullo tal que acometiera
allá en su quinto trono al fiero Marte
si viera modo de subir al cielo,
según era gallardo de cerbelo.

Mas viéndose ya solo y mal herido,
y el ejército bárbaro deshecho
y todo el fiero hierro convertido
contra su fuerte y animoso pecho,
se retrujo a una parte en la cual vido
que el cerro era peinado y muy derecho,
sin muro de aquel lado, donde un salto
había de más de veinte brazas de alto.

Como si en tal sazón alas tuviera
más seguras que Dédalo las tuvo,
se arroja desde arriba de manera
que parece que en ellas se sostuvo:
hizo prueba de sí fuerte y ligera,
que el salto, aunque mortal, en poco tuvo,
cayendo abajo el bárbaro gallardo
como una onza ligera o suelto pardo.

Más bien no se lanzó, que en seguimiento
infinidad de tiros le arrojaron,
que aunque no le alcanzara el pensamiento
antes que fuese abajo le alcanzaron:
fué tanto el descargar que en un momento
en más de diez lugares le llagaron
pero no de manera que cayese
ni un solo paso, y pie descompusiese.

Viéndose abajo y tan herido, luego
del propósito y salto arrepentido,
abrasado en rabioso y vivo fuego,
terrible y más que nunca embravecido,
quisiera revolver de nuevo al juego
y vengarse del daño recibido;
más era imaginarlo desatino
que el cerro era tajado y sin camino.

Cinco o seis veces la difícil vía
y de fortuna el crédito tentaba,
que fácil lo imposible ver le hacía
el coraje y furor que le incitaba:
por un lado y por otro discurría,
todo de acá y de allá lo rodeaba,
como el hambriento lobo encarnizado
rodea de los corderos el cercado.

Mas viendo al fin que era designio vano
y de tiros sobre él la lluvia espesa,
retirándose a un lado vió en el llano
la trabada batalla y fiera priesa:
y como el levantado halcón lozano,
que, yendo alta la garza, se atraviesa
el cobarde milano, y desde el cielo
cala a la presa con furioso vuelo,

así el gallardo Tucapel, dejado
el temerario intento infructuoso,
revuelve a la otra banda encaminado
al reñido combate sanguinoso:
en esto el bando infiel desconfiado,
de mucha gente y sangre perdidoso,
se retiró siguiendo las banderas
que iban marchando ya por las laderas.

No por eso torció de su demanda
un solo paso el bárbaro valiente,

antes recio embistió por una banda,
tropellando de golpe mucha gente,
y dándoles terrible escurribanda,
pasó de una cabo a otro francamente,
hiriendo y derribando de manera
que dejó bien abierta la carrera.

Quien queda allí estropeado, quien tullido,
quien se duele, quien gime, quien se queja,
quien cae acá, quien cae allá aturcido,
quien haciéndole plaza de él se aleja;
y en el largo escuadrón de armas tejido
un gran portillo y ancha calle deja
con el furor que el fiero rayo apriesa
rompe el aire apretado y nube espesa.

De tal manera Tucapel, abriendo
de parte a parte el escuadrón cristiano,
arriba a los amigos que siguiendo
iban la retirada a paso llano,
con el concierto y orden procediendo
que vemos ir las grullas el verano
cuando de su tendida y negra banda
ninguna se adelanta ni desmanda.

El hecho de describir las hazañas de los araucanos no quiere decir que Ercilla haya callado las de los españoles.

En numerosos encuentros describe con entonación épica el ímpetu y la bravura incontenibles de aquellos hombres que, después de haber peleado gloriosamente con los más aguerridos ejércitos de Europa, venían, muchos de ellos, a caer oscuramente luchando por su rey y por su religión, bajo los espejismos variantes del oro y de la fama, atra-

vesados por las lanzas o derribados por las clavas de estos salvajes indomables.

Allí están los esfuerzos de Valdivia en Tucapel, las hazañas de Juan Gómez de Almagro, uno de los 14 de la Fama en la epopeya de Purén; las proezas desesperadas de Villagrán en la cuesta de su nombre, y las de cien héroes más en estas guerras de acechanzas y emboscadas; pero, es cierto que sus figuras no tienen el relieve que el poeta ha prestado a los caudillos araucanos.

Damos un fragmento de la batalla de los 14 de la Fama. Canto IV.

Los caballos en esto apercibiendo,
firmes y recogidos en las sillas,
sueltan las riendas y los pies batiendo,
parten contra las bárbaras cuadrillas;
las poderosas lanzas requiriendo,
afiladas en sangre las cuchillas,
llamando en alta voz a Dios del cielo.
hacen gemir y retumbar el suelo.

Calan de fuerte fresno como vigas
los bárbaros las picas al momento,
de la suerte que suelen las espigas
derribarse al furor del recio viento;
no bastaron las armas enemigas
al ímpetu español y movimiento,
que los nuestros rompieron por un lado,
dejando el escuadrón aportillado.

A un tiempo los caballos volteando,
lejos las rotas lanzas arrojadas,
vuelven al enemigo y fiero bando,
en alto ya desnudas las espadas;
otra vez arremeten no bastando

infinidad de puntas enastadas,
puesta en contra de la airada gente,
a que no se mezclasen igualmente.

Los unos, que no saben ser vencidos,
los otros a vencer acostumbrados,
son causas que se aumenten los heridos,
y que bajen los brazos más pesados;
de llamas los arneses encendidos,
con gran fuerza y presteza golpeados,
formaban un rumor que el alto cielo
del todo parecía venir al suelo.

.....

Cortés y Pero Niño por un lado
hacen un fiero estrago y cruda guerra;
Morán, Gómez de Almagro y Maldonado
siembran de cuerpos bárbaros la tierra;
el Herrero, como hombre acostumbrado
y diestro en golpear, mata y atierra;
pues Nereda también, que era maestro,
hiere, derriba a diestro y a siniestro.

Como si fueran a morir desnudos,
las rabiosas espadas así cortan;
con tanta fuerza bajan golpes crudos,
que poco fuertes armas les importan;
lo que sufrir no pueden los escudos
los insensibles cuerpos lo comportan,
en furor encendidos, de tal suerte,
que no sienten los golpes ni aun la muerte.

Antes de rabia y cólera abrasados,
con poderosos golpes los martillan,
y de muchos con fuerza redoblados
los cargados caballos arrodillan;
abollan los arneses relevados,
abren, desclavan, rompen, deshevillan;

ruedan las rotas picas y celadas
y el aire atruena el son de las espadas.

Lincoya, combatiendo y derribando,
anima con hervor los escuadrones,
contra su fuerza y maza no bastando
de crestas altas fuertes morriones.
Cortés un golpe suyo reparando,
la cabeza inclinó entre los arzones,
llevándole el caballo medio muerto,
suelto el freno corriendo a campo abierto.

Con el cuello inclinado, adormecido,
acá y allá el caballo le traía,
pero tornando luego en su sentido,
vergonzoso las riendas recogía;
vuelve a buscar aquel que le ha herido
y al punto que miró, le conocía,
que al mayor araucano que allí andaba
de los hombros arriba le llevaba.

Conócelo también en la braveza
que mostraba, animando allí su gente,
y en la facilidad y ligereza
con que esgrime la maza diestramente.
Como suelto lebrél por la maleza
se arroja al jabalí fierro y valiente,
así asalta Cortés al araucano,
la adarga al pecho, el duro hierro en mano.

Al través le hirió por un costado,
no le valiendo el coselete duro;
más de aquella manera le ha mudado,
que mudara un peñasco o fuerte muro;
pasa recio el caballo espoleado,
y Cortés de Lincoya ya seguro,
por medio de la espesa escuadra hiende,
y al un lado y al otro muchos tiende.

Almagro, cuerpo a cuerpo, combatía
con el joven Guacón, soldado fuerte,
pero presto la lid se decidía,
que poco se mostró neutral la suerte;
de un golpe Almagro al bárbaro hería,
por donde una ancha puerta abrió a la muerte
sale de ella de sangre roja un río,
y ocupa el desangrado cuerpo el frío.

.....

Tanto el tesón entre ellos ha durado
que espanta cómo alzar pueden los brazos;
estaban por el uno y otro lado
de amontonados cuerpos los ribazos.
El sol había en su curso declinado
cuando ya sin vigor, hechos pedazos,
de manera igualmente enflaquecían,
que moverse adelante no podían.

Como el aliento y fuerzas van faltando
a dos valientes toros animosos
cuando en la fiera lucha porfiando
se muestran igualmente poderosos,
que se van poco a poco retirando
rostro a rostro con pasos perezosos,
cubiertos de un humor y espeso aliento
y esparcen con los pies la arena al viento;

los dos puestos así se retiraron,
sin sangre y sin vigor, desalentados,
que jamás las espaldas se mostraron
mas siempre frente a frente careados;
ambos a un mismo tiempo repararon,
a un punto hicieron alto, y desviados
los unos de los otros tanto estaban,
que aun un tiro de flecha no distaban.

VERSIFICACION

El poema está escrito en octavas reales, manejadas, por regla general, por una mano ejercitada y maestra en la versificación.

Los endecasílabos de Ercilla están hechos con facilidad, con pocas transposiciones y asperezas.

Sin embargo, hay algunos defectuosos, empezando por aquel que todos conocemos:

Cien millas por lo más ancho tomado

en que el acento necesario que va en *más* está debilitado por la proximidad del que cae en la palabra *ancho*, que debía ser la voz tónica de aquella parte del verso. Para que el verso suene bien es preciso hacer esfuerzo notable sobre *más*.

El mismo defecto tiene el endecasílabo siguiente:

que el mismo rumbo mil leguas camina

en que el acento necesario de la 6.^a sílaba cae sobre el adjetivo *mil*.

Y este otro:

pensando que pues va a vos dirigido

en que es intolerable ese *pues va a vos*.

De trecho en trecho nos encontramos con algunos versos que parecen defectuosos y no lo son vgr:

Al caballo con ánimo hiriendo
estaba como digo así hablando

en estos versos la h tiene un sonido aspirado semejante al de la j y por consiguiente evita la sinalefa.

En la época anteclásica era común formar un diptongo de las formas en *ía* vgr: había, se decía, *había* o *habié*; y habían, *habían* o *habién*..

Los poetas del siglo XVI conservaron este uso que se ve en Garcilaso en la Egloga I en donde leemos este verso:

que *había* de ser con largo apartamiento.

Ercilla ha llevado más lejos la licencia, formando diptongos en palabras que no son formas verbales.

En el canto III tiene este verso:

La *piquería* del bárbaro calada.

Algunas veces el poeta usaba las dos acentuaciones.

Así en el mismo canto, estrofa de por medio, tiene estos dos versos:

Doña *Menciá* de Nidos, una dama
Pero con más dolor *doña Menciá*
Con la espada desnuda lo impedía

Y en este camino Ercilla llega hasta hacer monosílabo a *día*:

Con sordo vuelo el claro *día* sereno

Algunas veces hallamos versos muy pobres, compuestos sólo de nombres propios, agrupados de tal

manera que más bien parecen un juego pueril que una destreza métrica.

En el Canto IX termina una estrofa con estos versos:

Ongolmo, Lemolemo y Lebopía,
Caniomangue, Elicura y Mareguano,
Cayocupil, Lincoya, Lepomande,
Chilcano, Leucotón y Mareande.

Y en el XXV otra con los siguientes:

También hacen efecto y mucho daño
Reinoso, Peña, Córdoba, Miranda,
Monguía, Lasarte, Castañeda, Ulloa,
Martín Ruiz y Juan López de Gamboa.

La Araucana consta de 37 cantos, distribuidos en tres partes que se publicaron en las fechas indicadas en la Biografía.

LOS HEROES ARAUCANOS

Ercilla colocó a los araucanos en tan alto lugar, por haber sido testigo de sus hazañas, más grandiosas que las de los conquistadores de Arauco, pues hombres desnudos y casi inermes resistieron primero y después vencieron varias veces a los soldados más famosos de Europa.

Por eso se explica que, dejándose llevar de esta admiración, haya hecho retratos briosos y descripciones pintorescas de los jefes indígenas y apenas haya esbozado las siluetas principales de los castellanos.

Ercilla, es testigo de la inteligencia guerrera de estos salvajes que, en poco tiempo, aprendieron el manejo de los caballos y se apoderaron de las espadas, lanzas y escudos de los españoles, y prepararon atrevidos medios de defensa y de ataque que les dieron, en ocasiones, triunfos desconcertantes e inesperados: hicieron fosos, albarradas, lazos, trampas y coseletes de cuero, contra las lanzas y hasta contra las balas de arcabuz, y sobre todo esto, desplegaron una táctica formidable de combate que sorprendía a sus invasores.

Entre estos guerreros sobresalieron los caciques Caupolicán, Lautaro, Colocolo, Tucapel y Rengo, que se distinguieron separadamente por sus cualidades personales, y todos juntos forman un grupo formidable de fuerza, talento y bravura, digno de ser esculpido por un mago del mármol o del bronce.

Caupolicán, elegido toqui por la asamblea araucana, representa la fuerza y la constancia llevadas a extremos increíbles.

Caupolicán, severo y majestuoso, con el tronco al hombro, frente a un pueblo arrebatado y suspenso ante tal hazaña, es la figura épica más grande del poema.

Es el jefe fuerte, digno de mandar a un pueblo de héroes. Y lo manda y lo conduce a la victoria, hasta que la traición que era lo único que podía vencerlo, lo entrega a sus enemigos, uno de los cuales, indigno de ser llamado hispano, lo condena a una muerte afrentosa y horrible.

Sin duda que la figura histórica del poema es Lautaro. El debió ser el héroe principal de la epopeya araucana, pero no lo fué porque su vida de caudillo y su actuación heroica en las batallas, ha-

bía ya terminado con la muerte, cuando Ercilla llegó a Chile.

Lautaro aprendió entre sus amos, los españoles, pues era caballerizo de Valdivia, la manera de combatir con éxito contra ellos. Conoció los caballos y enseñó su manejo á algunos de sus capitanes.

En la batalla de Tucapel, casi ganada por los castellanos, salta al campo de la lucha, llama con enérgicas palabras a los que huyen, restablece el orden en los escuadrones araucanos que lo siguen otra vez al ataque de los jinetes enemigos, hasta lograr la victoria más completa que hasta entonces habían ganado los guerreros de Arauco.

Elegido segundo jefe por Caupolicán, derrotó completamente a Villagrán en la cuesta de Andalicán, destruyó a Concepción, y al frente de una hueste de escogidos mocetones, caballero en un brioso corcel, y blandiendo una pesada lanza castellana, marchó con inconcebible audacia a la conquista de Santiago, y si la traición no hubiera guiado los pasos de Villagrán en aquella noche aciaga del fuerte de Mataquito en que rindió el joven héroe su vida, combatiendo desnudo ante los golpes de sus enemigos, es probable que hubiera dado mucho que hacer con su genio militar a los conquistadores.

Así como Lautaro es el símbolo de la juventud ardorosa, del amor patrio juvenil, Colocolo representa el buen sentido y la experiencia que dan los años. Es el Néstor de la epopeya de Arauco.

Gracias a su prudencia se evitó la guerra civil que estuvo a punto de estallar en la elección de toqui.

Bien sabía que nadie podía competir en vigor y fortaleza con el cacique de Pilmaiquén, que fué in-

mortalizado por el poeta con el nombre de Caupolicán.

Rengo y Tucapel son los más briosos representantes del vigor de la raza.

Tucapel a quien dice el poeta que conoció en el asalto del fuerte de Penco y cuya actuación parece la de un formidable guerrero de la época caballerisca que asalta un castillo al frente de sus hordas, es digno émulo de aquel salvaje membrudo que se llamó Rengo, cuya fuerza y decisión eran tan grandes, que él solo, como uno de los paladines del Orlando, contuvo las fuerzas castellanas en una ocasión memorable que el poeta cuenta en el Canto XXII.

A estos héroes principales debemos agregar al indómito Galbarino, que, después de haber sufrido estoicamente la mutilación de sus dos brazos, vuelve al campo araucano, predica la guerra con nuevos bríos y, tomado en un nuevo combate, desafía a los españoles y muere colgado de un árbol, admirando a sus enemigos con la fiera actitud de su heroísmo.

Son también dignos de mención, el valiente Lincoya y el joven Orompello de esfuerzo y de linaje generoso.

LAS MUJERES DE LA ARAUCANA

Tres son las principales figuras femeninas que se destacan entre la huraña multitud guerrera de los caciques de Arauco, semejantes a las olorosas matas de laurel que perfuman los toscos y tupidos malezales de sus ásperas montañas:

Cada una es un símbolo. Representa un aspecto determinado de las pasiones que agitan los rudos corazones de aquellos luchadores legendarios.

Guacolda es el amor pasional; Tegualda, el dolor y Fresia, el patriotismo.

Guacolda es joven, hermosa, amante. Acompaña al nuevo Aquiles de Arauco en todas sus audaces correrías. Y cuando el joven ulmen regresa victorioso, blandiendo la lanza castellana roja todavía en la sangre de sus antiguos señores, ella le brinda las dulces cadenas de sus brazos, única esclavitud que el héroe enamorado acepta. Y amorosa y solícita, lo cuida y lo vigila con los ojos húmedos de pasión y de ternura, hasta la noche aquella en que el toqui no escuchó los ruegos para armarse que le hacía su boca enamorada, en un supremo gesto de amargura, herida por los presentimientos de sus sueños.

Y cuando al sonar de los tambores y a los gritos de los suyos, el caudillo es tumbado por la muerte en el umbral de su ruca, ella debió morir también sobre su cuerpo como las enamoradas de los trágicos poemas.

Pero el poeta la hace desaparecer calladamente en la balumba del combate, sin volver a acordarse más de ella, así como nadie toma en cuenta a la humilde flor del copihue que, cortadas ya las guías que la unían al roble en que viviera, se marchita y se muere, envuelta entre las ramas del gigante que derribara el hacha en la montaña.

Tegualda, realizando la imagen dolorosa del poeta, se le presenta con su silueta envuelta en oscuros ropajes, una noche sobre el abandonado campo de batalla, deslizándose furtiva como una som-

bra fúnebre entre los cuerpos muertos que se agrupaban sobre los sangrientos jarales de la vega.

Hay sangre en sus manos de tanto hurgar heridas entreabiertas, y llanto en sus ojos de tanto llorar sus penas amorosas.

Su voz encierra los dolores de Hero sin Leandro, de Psiquis ante el dios alado que se esfuma, abandonando el lecho de amor en que durmiera.

Es la heroína del dolor, que pone en esta parte del poema una pincelada de ternura que permite apreciar la nobleza caballeresca del alma del poeta.

Fresia es la heroína del amor patrio y de la libertad, que desprecia a Caupolicán cautivo y arroja a su propio hijo a los pies del marido que no ha sabido defender, como cumplía a su gloria y a su deber, la libertad del suelo araucano.

Fresia recuerda con su actitud, que algunos han discutido, a las heroicas mujeres espartanas, para quienes la vida de los esposos y de los hijos valía menos que los laureles conquistados para la patria.

Para ella no existe tampoco ni el amor conyugal ni el cariño del hijo nacido de sus entrañas. Su alma grande y rústica está plena del amor a la patria y no puede dar entrada a los afectos naturales de la vida.

VALOR HISTORICO DEL POEMA

La Araucana escrita por un testigo de los hechos, tiene el valor de una crónica en cuanto a la cronología y a la geografía, como también en lo que toca a los personajes españoles que actuaron en la guerra.

Los cronistas posteriores han estudiado el poema y comprobado varias de sus afirmaciones, y al-

gunos hechos apuntados por el poeta, han servido después de punto de partida para algunas investigaciones históricas.

Mariño de Lobera lo sigue en muchas partes; lo cita Pérez García, y Góngora de Marmolejo que no conocía sino la primera parte de la Araucana, relata hechos enteramente conformes con muchos relatados por Ercilla en la 2.^a parte; pero en la 3.^a lo contradice algunas veces, sobre todo en lo relativo a Caupolicán y finalmente el Sr. Crescente Errázuriz dice en la introducción de su libro Don García de Mendoza, pág. 8: «A medida que disminuye la importancia de la Crónica de Mariño de Lobera, se aumenta el valor histórico de La Araucana».

Si en cuanto a los sucesos históricos se puede tener plena fe en la narración del poeta, no sucede lo mismo en lo que respecta a las costumbres y a la psicología del pueblo araucano, que Ercilla no estudió suficientemente o alteró para dar mayor grandeza a sus héroes o para encuadrarlos en las ideas dominantes de los conquistadores.

Así el cronista Mariño de Lobera pone en duda la manera cómo se llevó a cabo la elección de Toqui en que salió designado Caupolicán. Cree que la prueba del madero ha sido creada por la imaginación del poeta porque no era esa la costumbre seguida en casos semejantes.

Se le ha criticado que haya dado a los araucanos una mentalidad semejante a la de los españoles, cuando eran un pueblo rudo y primitivo de una ideología muy limitada.

Así, el Sr. Barros Arana, en las páginas 422 y 423 de su Historia General de Chile, aún cuando

reconoce que La Araucana es ordinariamente un documento de incontestable valor histórico, dice que Ercilla ha presentado a los indígenas movidos por altos sentimientos, que no se hallan en las civilizaciones inferiores.

Lo mismo expone el Sr. Tomás Guevara en el tomo V de su Historia de la Civilización de La Araucanía, en el que trae un interesante trabajo sobre esta materia.

Pero esto no quiere decir que se niegue a los héroes araucanos, el sentimiento patrio de que hablan los cronistas y los testigos de esta guerra memorable, y que fué la característica de esta raza de valientes; sólo se le critica al poeta, que haya revestido la expresión de estos sentimientos con el ropaje que usan los civilizados.

Ercilla, como poeta épico, no pudo hacer otra cosa. Si hubiera pintado a sus héroes tales como eran, el poema habría sido sólo una larga exposición de actos rudos y simples que, al fin, habrían cansado por su monotonía.

Impregnado el poeta de la lectura de las epopeyas clásicas y del Ariosto, vió que le era fácil revestir a sus héroes de los caracteres y cualidades caballerescas, sin estar expuesto a que lo desmintieran, a causa de lo desconocido que eran los salvajes araucanos, por la enorme distancia que de España los separaba. De ahí vino que no se preocupó mucho de ser exacto en aquello que no favorecía a la belleza de las escenas que narraba. El sólo buscó situaciones interesantes, aún cuando no fueran verdaderas.

Así en el episodio de Tegalda, cuando ésta cuenta su historia al poeta, habla de torneos y certámenes

celebrados entre los guerreros de Arauco, en todo semejantes a los que celebraban en Europa en la época caballerescas.

Había premios de joyas, coronas de flores puestas en las frentes de los campeones vencedores por doncellas hermosas que ardían de amor secreto por algunos de ellos. Todo esto es inverosímil. Las mujeres araucanas vivían en un estado cercano a la esclavitud lo que hace inaceptable el papel que en estas fiestas les asigna Ercilla.

Los matrimonios no se verificaban con esos preliminares caballerescos de que se hace mención en el episodio de Tegalda. Eran contratos de venta de la mujer aún sin consulta de ella, o simulados raptos que, después de los tratos, el novio hacía con la aparente oposición de los padres de la mujer.

En el Canto XX Tegalda cuenta que su padre le dió un beso paternal en la frente.

El beso no era conocido entre los araucanos, según los testimonios de los cronistas. Los esposos y los amantes lo reemplazaban por el roce de las mejillas.

En varias parte aparece el galán indio tratando de señora al objeto de sus pensamientos. Este tratamiento no existía. Los araucanos se decían *hermanito*, *hermanita*. Todavía se conserva esta cariñosa manera de hablarse entre los jóvenes mapuches.

En los Canto XIII y XIV, al hablar de la muerte de Lautaro, pone a este héroe viajando y viviendo junto con su mujer en una expedición guerrera. Se sabe por los cronistas que, lo mismo que todos los pueblos salvajes, los araucanos se absténían de la compañía de sus mujeres al partir a la guerra.

Lautaro, como jefe, no podía haber roto con esta ley tradicional.

Ercilla cuenta que las mujeres seguían a la distancia a los guerreros para ayudarlos después de la victoria a la recepción del botín y a la conservación de los primeros; esto se comprende, pero no la convivencia de los guerreros y sus mujeres en los campamentos en vísperas de las batallas. Y aún cuentan que pelearon en ciertos casos las mujeres formando escuadrones especiales.

Ercilla se vió en un conflicto por no tener un jefe araucano principal a quien dar la dirección de la guerra, a fin de que la acción tuviera unidad y no aparecieran los araucanos batiéndose sin cohesión ni sistema.

No pudo colocar como capitán a Lautaro porque éste ya había muerto antes que él llegara, y aún cuando se sabe por algunos cronistas y por testigos españoles, entre los cuales está Francisco de Villagrán, que el joven toqui fué el verdadero jefe de la insurrección, Ercilla se vió obligado a dar a Caupolicán el lugar que le correspondía a aquel, y hasta lo adornó con las cualidades dominantes de Lautaro.

El Sr. Crescente Errázuriz, en la pág. 559 y siguientes de su obra Pedro de Valdivia, T. II, dice que Caupolicán como jefe de los araucanos es una creación poética de Ercilla; le niega la jefatura, sus hazañas y duda hasta de su prisión y muerte, llevada a cabo en la forma en que habla el poeta, pues invoca el testimonio de Reinoso, quien, 4 años más tarde, hace una exposición de sus servicios para que le den una encomienda y no nombra para nada

a Caupolicán, cuya captura y muerte tenía que ser un mérito más.

Igualmente también, dice el Sr. Errázuriz, es extraño que nada digan de la prisión y muerte de Caupolicán, las actas de los Cabildos de Imperial y Cañete, cuando aluden a los ataques de los indios rechazados por Reinoso.

Parece, en realidad, que aún cuando Caupolicán existió, sólo fué un cacique valiente que no tuvo la preponderancia que se le da en La Araucana.

Por eso la figura de este caudillo no tiene la brillante actuación que le correspondía en las batallas posteriores a la muerte de Lautaro.

El Sr. Thayer Ojeda va aún más lejos que el Sr. Errázuriz hasta el punto de sostener que Caupolicán es una figura ridícula e impropia del poema, lo que no podemos admitir, porque, aún cuando sea efectivo lo sostenido por el Sr. Errázuriz, no deja por eso de aparecer Caupolicán en el poema, como un héroe de perfiles épicos por su valor y patriotismo.

Es verdad que Caupolicán no tuvo al fin de su vida la altivez y el amor patrio que lo caracterizaron siempre, porque Ercilla, dejándose llevar por su sentimiento religioso y por las ideas dominantes entre los capitanes que buscaban, después del triunfo de las armas, la conversión al cristianismo de los jefes enemigos como un ejemplo y una lección saludables, falseó el carácter de Caupolicán, haciéndole aparecer resignado, pidiendo el bautismo y ofreciendo humildemente someter la tierra a la obediencia del Rey de España.

Esto puede ser una apreciación errada del poeta, una falta de estudio de la psicología araucana, pe-

ro de ninguna manera, convierte a Caupolicán en un héroe indigno de una epopeya.

ARMAS

Los araucanos empleaban armas ofensivas y defensivas.

Entre las primeras, estaban las flechas con puntas de cuarzo o de obsidiana. Probablemente usaron la honda, que es arma de pueblos primitivos. Los guijarros redondos y pesados que arrastraban los ríos y torrentes le suministraban abundantes proyectiles.

Las lumas y otros árboles de sus inmensos bosques les daban madera dura y recia como el hierro para sus mazas de combate, que, manejadas por sus brazos, aplastaron los cascos y hendieron tantas veces las armaduras españolas.

De los tupidos colihuales de sus vegas y quebradas sacaban las astas de sus lanzas, cuyas puntas terminaban en agudos pedernales o en trozos de madera endurecidos por el fuego.

En general, los araucanos usaban pocas armas defensivas. Estas, que consistían en toscos escudos hechos de pieles superpuestas, estaban reservados para los guerreros de calidad o para los jefes. Los demás combatientes peleaban desnudos a pecho descubierto.

Se deja llevar un poco de su fantasía el poeta en estas estrofas del Canto 1.º.

«Las armas dellos más ejercitadas
«son picas, alabardas y lanzones,
«con otras puntas largas enastadas

«de la faición y forma de punzones:
«Hachas, martillos, mazas barreadas,
«dardos, sargentas, flechas y bastones,
«lazos de fuertes mimbrës y bejucos
«tiros arrojadizos y trabucos».

Es verdad que muchos de los araucanos usaron al poco tiempo y con maestría algunas de las armas arrebatadas a los españoles, pero esto no era lo general. La mayoría seguía empleando las armas primitivas de que hemos hablado.

Nótese que Ercilla no habla en estas estrofas de la honda, arma común a todos los pueblos salvajes. Puede interpretarse que la frase «tiros arrojadizos» se refiera a dichas armas.

En donde el poeta falta manifiestamente a la verdad es en la estrofa en que habla de las armas defensivas, como coseletes dobles, capacetes, grevas, etc., hechas de duros cueros impenetrables a los golpes de los más finos aceros.

Como ya los hemos dicho, sólo los jefes y algunos soldados escogidos, llevaban escudos rústicos, hechos de cuero, material muy raro por la escasez de animales que proporcionan pieles para el efecto.

Los demás iban con el pecho y la cabeza descubiertos.

Seguramente, el poeta dió a los araucanos, esta indumentaria guerrera para engrandecerlos, a fin de que no aparecieran los españoles cubiertos de hierro, luchando con salvajes desnudos que, fuera de sus mazas, sólo llevaban armas inofensivas contra los cascos y las corazas de los castellanos.

TRAJES Y ADORNOS

El vestido de los indios, antes de la invasión de los españoles, era de lo más primitivo, por la falta de animales que proporcionaran lana y cueros como ya lo hemos dicho.

Sólo las tribus cercanas a la cordillera se cubrían en parte con pieles de guanacos y con tejidos de fibras de plantas.

Los peruanos introdujeron el arte del tejido de la lana y a la llegada de los castellanos, ya había algunos indios principales que se vestían como los de ahora.

Las piezas fundamentales del vestido indígena fueron, desde entonces, el *chamal*, que hasta hoy consiste en un trozo de paño que envuelve el cuerpo. En las mujeres empieza debajo de los brazos y en los hombres, en la cintura. Estos últimos lo convierten en *chiripá* pasando las puntas por entre las piernas y sujetándolo con un cinturón.

Las mujeres usan además la *ichilla*, que es un trozo de género rectangular prendido al pecho por dos puntas, dejando sueltas las otras como una pequeña capa.

Los hombres en vez de la *ichilla* femenina emplean el *poncho* o *manta* de vivos colores para cubrir los hombros y el torso.

Todos iban descalzos y con la cabeza descubierta.

En la guerra iban casi desnudos, apenas con ligeros taparrabos. Sólo llevaban algunas prendas los jefes o caciques, pero luego muchos de ellos se cubrieron con los depojos quitados a los españoles y aún hubo toquis, como Lautaro y Caupolicán,

que usaron hasta las piezas de las armaduras castellanas y adornaron sus espaldas con capas españolas, mientras montados en veloces caballos manejaban diestramente las lanzas arrebatadas a sus enemigos.

En cuanto a los adornos, el poeta habla de las armas matizadas de finísimos colores y de los penachos con que van ufanos los más ambiciosos de crédito y loores en la siguiente estrofa del canto I:

Hasta treinta o cuarenta en compañía
Ambiciosos de crédito y loores
Vienen con grande orgullo y bizarría
Al son de presurosos atambores:
Las armas matizadas a porfía
Con varias y finísimas colores;
De poblados penachos adornados
Saltando acá y allá por todos lados.

En realidad los únicos adornos de los araucanos eran el *trarilonco* que consistía en una ancha cinta en torno de la cabeza.

Los jefes adornaban estas cintas con plumas y más tarde cuando aprendieron a fundir el metal, los *trariloncos* se adornaron con piezas de plata y entre las mujeres constituyeron los primeros lujos.

Estas también tuvieron más tarde algunas alhajas de plata, como prendedores para sostener la *ichilla* en el pecho y pendientes para adornar las orejas.

EL AMOR EN LA ARAUCANA

El señor Toribio Medina ha estudiado este asunto a fondo y con noticias que ningún otro autor ha dado.

Cree el señor Medina que Ercilla, por una desgraciada pasión amorosa que tuvo en su juventud, no quiso dar intervención al amor en su poema y que manifestó esta intención en estos versos:

Venus y Amor aquí no alcanzan parte
sólo domina el iracundo Marte.

Creo, como el señor Medina, que el desengaño amoroso que había sufrido el poeta lo había pre-dispuesto contra el amor, y por eso, al escribir estos versos, manifestó, seguramente con cierta satisfacción, el carácter guerrero del poema.

Pero también me parece que este recuerdo desagradable no ha sido lo que al poeta indujo a no darle al amor una parte principal en su epopeya.

Cuando él se embarcó para Chile, ya sabía que los araucanos eran un pueblo belicoso que no se ocupaba en otra cosa, desde la llegada de los conquistadores, que en pelear defendiendo palmo a palmo sus montañas.

Por consiguiente, el asunto de cualquier obra que sobre ellos se escribiese, tendría que versar sobre la guerra.

Por otra parte, no es efectivo que la acción principal de un poema épico gire en torno de una pasión amorosa.

Fuera de La Iliada, en que el amor aparece como la causa de la guerra de Troya, y del Orlando Furioso, en que esta pasión constituye el fondo del poema, generalmente en las epopeyas el amor ocupa un lugar secundario, es el tema de los episodios que se intercalan para romper la monotonía de las hazañas guerreras. En La Farsalia, los amores de Cornelia

y Pompeyo no son sino un descanso agradable en este poema filosófico, religioso y político.

En La Eneida el amor de Dido es sólo un episodio sentimental. En La Odisea hay también cuadros amorosos secundarios.

En la Jerusalén Libertada, la acción principal, como lo indica el título, es la liberación de la Ciudad Santa y los episodios amorosos que tiene, son destinados a producir cierto reposo espiritual al lector.

El señor Medina primero y después el señor Menéndez Pelayo, hacen notar que Ercilla sólo habla del amor conyugal.

Esto lo explica, desde luego, porque el poeta no podía haber puesto en la acción, amantes araucanos, conociendo de cerca a los indios y sabiendo que no había entre ellos el amor preliminar al matrimonio, pues éste se hacía, como ya lo hemos dicho, por contratos de venta, sin conocimiento muchas veces de la mujer.

Por eso, cuando quiso hablar del amor antes del matrimonio, tuvo que inventarles a los indios, hechos y costumbres propios de los civilizados.

Tampoco pudo colocar en su obra, amores entre los españoles e indias, porque era tanta la diferencia entre ambas razas, que cualquier intento de pasión habría resultado inverosímil o talvez ridículo.

En realidad, pues, para mantenerse en el terreno de la verosimilitud en cuanto a las costumbres, como debe hacerlo todo poeta épico, no le quedó a Ercilla otra cosa que presentar los amores felices o desgraciados dentro del matrimonio.

Creo finalmente que si esta pasión desgraciada a que alude la glosa juvenil de Ercilla, influyó en su ánimo, fué más bien para hacerlo más compasi-

vo hacia las desgraciadas mujeres que sufrían como él.

EL PAISAJE

El crítico francés Sismondi ha reprochado a Ercilla la falta del paisaje en el poema, diciendo que en vez de medir a Chile, debió describir sus montañas, sus ríos y sus valles, hablarnos de su clima y de la flora de sus bosques.

El señor Medina lo justifica diciendo que «escribía de un país enteramente desconocido y en un tiempo en que las dificultades de la navegación hacían de las regiones americanas, sitios verdaderamente fabulosos», y agrega que esta descripción pudo haberla hecho en el lenguaje no tan descarnado y prosaico.

Yo creo que la verdadera causa de esta ausencia de la sensibilidad del paisaje, ha estado principalmente en la enorme impresión, que en el ánimo del poeta, produjeron las maravillosas hazañas de los araucanos que absorbieron de tal manera su atención que no le dejaron tiempo ni serenidad para dar a las escenas bélicas que describía, por las noches en los campamentos, el marco del paisaje que el estruendo de la guerra no le había permitido contemplar de día.

Además la observación del paisaje y su relación con los sucesos que en él se verifican, envuelve junto con el estudio, una actitud contemplativa que no se aviene con la inquietud de los guerreros y menos todavía, con la situación de aquellos hombres que, como el poeta, vivían siempre con el arma al brazo, de día y de noche, en espera de una posible sorpresa de los indios.

Por otra parte en esta ausencia del paisaje, Ercilla ha hecho lo que los autores de las epopeyas que él conocía. Todos traen sólo de cuando en cuando, algún rasgo o pincelada de la naturaleza, sin que haya nunca una descripción de cierta importancia. Así Ercilla trae una pequeña descripción del paso del cerro Villagrán, en estas dos estrofas del canto VII.

A la siniestra mano hacia el Poniente
estaban dos caminos mal usados,
estos debían ser antiguamente
por do al agua bajaban los venados;
digo en tiempos pasados, que al presente
por mil partes estaban derrumbados,
y el remate tajado con un salto
de más de ciento y veinte brazas de alto.

Por orden de Natura no sabida
o por gran sequedad de aquella tierra;
o algún diluvio grande o avenida,
fué causa de atajarse aquella sierra;
pues por allí la gente mal regida
ocupada del miedo de la guerra,
huyendo de la muerte ya sin tino
a dar derechamente en ella vino.

Otras veces trae también algunos esbozos de paisajes, algunos toques destinados a marcar la hora o la situación de los personajes en un caso determinado:

Cuando el sol en el medio cielo estaba
no declinando a parte un solo punto
y la aguda chicharra se entonaba

con un desapacible contrapunto,
el astuto Lautaro levantaba
su campo

En las breves descripciones de que hablamos, no aparecen ni los grandes robles y alerces de la región del sur, ni los esbeltos colihues de cuyas altas cañas, como dice Dublé Urrutia, colgaban como lágrimas de sangre los copihues.

Véanse las siguientes estrofas del Canto II.

Ya la rosada aurora comenzaba
las nubes a bordar de mil colores,
y a la usada labranza despertaba
la miserable gente y labradores:
ya a los marchitos campos restauraba
la frescura perdida y sus colores,
aclarando aquel valle la luz nueva,
cuando Caupolicán viene a la prueba.
.

Por entre dos altísimos egidos
la esposa de Titón ya parecía,
los dorados cabellos esparcidos,
que de la fresca helada sacudía,
con que a los mustios prados florecidos
con el húmido humor reverdecía
y quedaba engastado así en las flores
cual piedra entre perlas de colores.
.

Y estas otras del Canto XXV:

Ya la espaciosa noche declinando
trastornaba al ocaso sus estrellas,

y la aurora al oriente despuntando
deslustraba la luz de todas ellas:
las flores con su fresco humor rociando,
restituyendo en su color aquellas
que la tiniebla lóbrega importuna
las había reducido a solo una.

Cuando con alto y súbito alarido
apareció por uno y otro lado,
en tres distintas partes dividido,
el ejército bárbaro ordenado.

.....

GEOGRAFIA DE LA ARAUCANA

El poema, por la minuciosidad con que enumera los diversos parajes por donde marcharon las tropas españolas, constituye un verdadero guía del terreno austral, desde Concepción hasta Valdivia y Osorno, pasando por Cañete e Imperial, cruzando la cordillera de Nahuelbuta y atravesando además del Bio-Bio, los caudalosos ríos de Cautín, Tol-tén y Río Bueno, para detenerse por fin a las orillas del golfo de Reloncaví. No se puede tener tanta confianza en la geografía de las regiones central y norte, porque Ercilla se guió en ellas por los cronistas y por el testimonio personal de los soldados y de los indios, pues él no conoció esa parte de nuestro territorio.

En general, Ercilla no comete errores geográficos de importancia.

La mayor parte de los nombres que menciona han llegado hasta nosotros, eso sí, que algunos de ellos con notables variaciones morfológicas, que se

explican, por la tradición oral en que se mantuvieron tanto tiempo.

Sólo en la región de Llanquihue, no aparece bien claro el poema cuando habla del Desaguadero y del paraje donde cruzó el canal de Chacao, para desembocar en Chiloé. Las prolijas e inteligentes investigaciones del señor Medina, han servido para solucionar las dudas sobre el particular, estableciendo que los españoles bajaron al golfo de Reloncaví por la región oriental del Lago Llanquihue y siguieron por la costa hacia el sur, y en seguida hacia el poniente, hasta que llegaron cerca del lugar que ocupa la villa de Carelmapu. Allí vieron que el canal de Chacao desembocaba en el mar y que no era posible atravesarlo en débiles piraguas con los caballos. Entonces se volvieron al norte, pero antes, el poeta, atravesó el canal y desembarcó en la isla de Chiloé, probablemente por la punta Pугueñun.

VALOR EDUCATIVO Y PATRIOTICO DEL POEMA

Es enorme el valor educativo de una obra maestra, estudiada y comentada en los colegios y universidades.

La Divina Comedia reunió así, en torno del dialecto florentino en que se escribió, todos los otros dialectos italianos, hasta formar la hermosa lengua que hoy se habla desde los Alpes hasta las playas de Sicilia.

En España, el Poema del Cid reunió todos los nobles sentimientos del pueblo hispano en la persona del Cid Campeador, que pasó a ser así el símbolo de las virtudes de la raza.

Entre nosotros *La Araucana*, a pesar de no habersele dado, como dijimos en la Introducción, toda la importancia que merece, ha desempeñado, sin embargo, un importantísimo papel, no sólo en la unión espiritual de Chile y España, sino que ya ha contribuído también a la formación del tipo racial chileno, con las características de independencia y de amor patrio que tuvieron los héroes legendarios de *La Araucana*.

Ahora que el sentimiento patrio se debilita o se desvía, es necesario que pongamos al alcance de nuestros niños y de nuestro pueblo, los versos del cantor de Arauco, en los que surgen las figuras enormes de aquellos caciques admirables que aún pueden enseñarnos a mantener la altivez de nuestro carácter nacional y el amor patrio, el verdadero, que consiste en la defensa de nuestros derechos y de nuestro suelo y que no puede cambiar con el movimiento moderno porque no está reñido con la humanidad.

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LOS ARAUCANOS

En los últimos tiempos se ha venido manifestando, en algunos artículos de la prensa, cierta hostilidad para todo lo que se refiere a *La Araucana* y a los héroes cantados por ella.

No hacemos aquí especialmente la defensa del poema atacado por algunos espíritus que, por conformarse a las tendencias modernas en arte y en literatura, atacan aún sin conocer, las obras maestras y sin pensar que forman parte de un pasado glorioso que no puede desaparecer.

Con lo que anteriormente hemos expuesto sobre el valor histórico, docente y patriótico del poema

en este libro, creemos que no es menester otro comentario sobre el particular.

Nos limitaremos solamente a demostrar cuán injustos son los cargos que se hacen ligeramente a los araucanos, pretendiendo echarles en cara los defectos característicos de la raza, sin tomar en cuenta las grandes cualidades que han adornado a estos bárbaros, cuya fama es hasta ahora universal.

Se ha sostenido que Ercilla, al hacer su opopeya de Arauco, no quiso sino escribir un poema épico a expensas de la verdad histórica.

Es cierto, como ya lo hemos dicho al tratar de valor histórico de la Araucana, que el autor, para hacer héroes de opopeya a los bárbaros cuyas hazañas tanto él admirara, tuvo que adornarlos con muchas cualidades poéticas propias de personajes épicos, pero conservó en todos ellos un fondo de verdad comprobado por documentos contemporáneos y posteriores.

Los cronistas españoles de la Conquista de Arauco nos enseñan que conocían el amor filial y lo llevaban a veces hasta el sacrificio, lo mismo el amor conyugal. No hablo de los amores materno y paterno porque éstos son comunes aún a los animales y forman parte de los instintos.

Practicaban el agradecimiento, cumplían la palabra empeñada, eran leales amigos y así lo demostraron aún a los mismos españoles en varios casos; eran además hospitalarios y acogedores.

Sus mujeres eran castas y fieles, al par que limpias y trabajadoras.

El padre Rosales trae en su Historia de Chile el episodio conmovedor de Millapellu, (almeja de

oro) y Antecolli (sol rubio) que parece sacado de las leyendas románticas caballerescas.

Antecolli, enamorada de su joven marido, lleva a cabo para salvarlo del cadalso, una maravillosa tentativa llena de peripecias y de aventuras. Habiendo fracasado casi al término de su empresa, se desespera al ver a su marido ejecutado ante su vista y a pesar de que es tratada por los españoles con caritativa benignidad, muere de pena al cabo de pocos días, causando la admiración de los opresores por la fuerza de su amor y la sensibilidad de su corazón.

Don Antonio de Quiroga cuenta en su Memoria Histórica el caso de un joven indio que se ofreció para quedarse prisionero en manos de los españoles en lugar de su padre viejo y enfermo que ya no podía soportar los rigores de una prisión. Los españoles consintieron en el cambio.

Este hecho, contado por el cronista Quiroga, comprueba que la mayor edad no desataba los lazos de familia entre los araucanos ni hacía olvidar el cariño y el reconocimiento de los hijos para con los padres, como infundadamente se ha afirmado por los que no conocen los historiadores y cronistas de aquella época.

Se sabe que conocían el agradecimiento por los dos hechos que van a continuación: El cronista, autor de los Borradores de Una Relación de la Guerra de Chile, cuenta cómo los indios, después de tomarse a Chillán, trataron no sólo con atención, sino hasta con cariño a una dama principal que había sido bondadosa siempre con los indígenas. (1)

(1) Seis años de la Historia de Chile por don CRESCENTE ERRÁZURIZ.—Pág. 146.—T. I.

El padre Rosales trae en su Historia un rasgo generoso de Lientur, el famoso cacique vencedor de los españoles en la batalla de las Cangrejeras. En dicho combate fué tomado prisionero Don Francisco Núñez de Pineda y Bascañán, autor del Cautiverio Feliz, y el referido cacique no sólo lo libró de ser maltratado, sino que en el nombre de las bondades de su padre, el maestro de Campo don Alvaro de Pineda, lo llevó a su reducción y lo trató como a un amigo; así lo cuenta también, Pineda y Bascañán en su obra citada.

Estos ejemplos sacados de los cronistas, comprueban que los araucanos no eran la raza despreciable de que hoy hablan algunos.

Desgraciadamente, los indios que han quedado cerca de los grandes centros de población han perdido las virtudes primitivas, para adquirir los vicios y los malos hábitos de los que, llamándose civilizados, los han despojados y corrompido por medio de los engaños de los tinterillos y el alcohol de los comerciantes inescrupulosos.

Hemos presenciado, durante los largos años que hemos vivido en la Araucanía, despojos increíbles y ventas ridículas de propiedades, que explican por qué el Supremo Gobierno ha tenido hasta ahora a los indios desgraciados, en calidad de menores, bajo la tutela paternal de un Protector de Indígenas.

Pero esta medida ha sido sólo un paliativo transitorio de grandes males, pero no un remedio de efectos permanentes. Fuera de la protección de sus terrenos, no se ha procurado el levantamiento moral de los indígenas por medios adecuados. Lo poco que se ha hecho en este sentido, es obra de la ac-

tividad particular y especialmente de las comunidades religiosas, que han fundado ya varias escuelas agrícolas para enseñar a los jóvenes mapuches el cultivo sistemático de la tierra.

Por eso los indios que han quedado cerca de las poblaciones constituyen hoy una rémora para el progreso de ellas, pues no pueden vender sus propiedades y no son capaces de trabajarlas, o no pueden hacerlo por falta de medios.

De aquí nace la mala voluntad hacia el infeliz mapuche, sobre el que recae la culpa de este estado de cosas. En cambio, los que viajan en los campos distantes de los poblados pueden ver a los indios en su sencillez y felicidad primitivas, conservando junto con sus defectos las buenas cualidades de su raza, libres de los engaños y de la corrupción, hospitalarios con los viajeros, unidos por los tradicionales lazos familiares y gobernados por la serena autoridad de sus caciques como antaño.

LA NOMENCLATURA

Nombres propios de personas

Se le ha echado en cara a Ercilla el que varios de los nombres de sus héroes indígenas no son de origen araucano.

Este cargo no tiene gran valor. Es cierto que algunos nombres de caciques, no son araucanos, pero esto no quiere decir que el poeta los haya inventado a su capricho, pues muchos de ellos son de origen quichua, otros han venido de los puelches de ultracordillera, y otros de los indios que poblaban la región norte del país, como los changos.

El señor Thayer Ojeda, en un estudio especial que tiene sobre la materia, refuta principalmente las observaciones formuladas a la nomenclatura de La Araucana por don Abraham König en su edición del poema.

El señor Thayer prueba que no son nombres inventados el de Orompello y el de Brancol, pues existieron estos caciques, el primero en Osorno y el segundo en Itata.

En cuanto a Crepino, es natural que no lleve nombre araucano porque, como el poeta mismo lo dice, era un indio extranjero.

Es verosímil, agrega el señor Thayer, que Ercilla haya dado nombres antojadizos a los personajes de ínfima importancia como son varios de los que trae en una lista el señor König.

Además muchos de los nombres cuya etimología no aparece muy clara, han debido experimentar, sin duda, cambios morfológicos notables, de tal modo que no es fácil saber la forma primitiva.

La objeción que se ha hecho a Ercilla de usar nombres geográficos para sus héroes, no merece tampoco tomarse en cuenta, pues muchos de los caciques usaban los nombres de los lugares de donde eran y cuyo gobierno tenían, vgr: Angol, Purén, Mareguano.

Se perdió después en algunos casos, el nombre personal y quedó sólo el geográfico, vgr: Andalicán, Talagante, etc.

El señor Tomás Guevara trae en su Historia de la Araucanía, un capítulo interesante sobre las etimologías de los nombres geográficos araucanos.

Algunos de ellos han llegado hasta nosotros, con

tres formas distintas, vgr: Un lugar del departamento de Laja, se llama Huenquecura, Huequecura y Huentecura.

Etimología de los nombres propios empleados por Ercilla

Damos a continuación una lista de los nombres propios de La Araucana, con su etimología que demuestra que no han sido inventados por el poeta.

Alcatipay.—De alca-macho, valiente y (1) thi-pay-salió: salió el macho.

Ainavillo.—De anyn-mansa y vilu-culebra culebra mansa.

Andalicán.—(2) De antü-sol y lican-piedra piedra de sol.

Angol.—De encol-halcón.

De encoln-subir a gatas.

Esta misma etimología sirve para el nombre Ongol.

Brancol.—De pran-levantar y coll-lagarto: lagarto erguido.

Caniomangue.—De caniu-cresta y manque-cóndor: cresta de cóndor.

Canistaro.—Penacho de traro.

Cayeguano.—Seis alturas. De cayu, seis y huenu, altura.

Cayocupil.—Seis pelados. De cayu, seis y cupil, pelados.

(1) Th se pronuncia como *tr* en la palabra inglesa, *tree*. Este mismo sonido lo tiene el pueblo en algunas palabras como traro, traer, tren, etc.

(2) Esta *ü* tiene un sonido semejante al de la *u* francesa.

Cayumanguí.—Seis cóndores.—De cayu, seis y manque, cóndor.

Caupolicán.—De queupo-piedra negra y licán-piedra blanca.

De ca-apo-lican: otro jefe de piedra blanca.

Colocolo.—Lagarto o gato montés.

Corpillán.—De curipillán: diablo negro.

Colca.—De colcau-gaviota roja o flamenco. De col (ü)-rojo y cau (cau) gaviota.

Cariolan.—De carülen-estar verde.

Curgo.—De curcun: jorobado.

Curioinan.—De curimanque: cóndor negro.

Changle.—Hongo que se cría en los robles.

Chilcán.—De chilca-arbusto.

Elicura.—De ili-lisa y cura-piedra: piedra lisa.

Galbarino.—De calhuarino-lana amarilla de la espiga del maíz.

De calvü-azul y rium-molledos.

Glaura.—De glovn-romper y rogh-rama: ramas rotas.

Guacolda.—De hue-nuevo y caldun-pararse: pasarse de una parte a otra.

Guacol.—De hue-nuevo y coll-lagarto: lagarto nuevo.

Gualemo.—De hua-maiz y de lemu-bosque: bosque de maíz.

Guacón.—De guaquéen-gritería.

Galvo.—De calvü-azul.

Guambo.—De huampu: embarcación.

Guanpicolo.—De huampu-embarcación y coll lagarto: bote largo como lagarto.

Guancho.—Probablemente güenchu-varón.

Guaricolo.—De huari-cuello y coll-lagarto: cuello de lagarto.

Guaticol.—De huatha-vientre y coll-gato montés: vientre de gato montés.

Lautaro.—De lev-veloz y tharu-traro: traro veloz.

Lebopia.—De leuvu-río y pia-blanco: río blanco. De leuvu-río y pillu-garza: río de la garza.

Lambecho.—De lampa-lobanillo y che-hombre: hombre del lobanillo.

Lemolemo.—De lemu-bosque.

Lepomande.—De lepun-patio y antü-sol: patio al sol.

Leocan.—De leuvu-río y caniu-cresta: cresta o penacho de río.

Leocato Leucaton.—De leuvu-río y cathuñ-cortar: río cortado.

Lincoya.—De lin-cueva y coyan-roble: cueva del roble.

Mareande.—De mari-diez y antü-sol diez soles.

Mareguano.—De mari-diez y huenu-altura: diez alturas.

Maulen.—Está lloviendo.

Mauropande.—De mau-lluvia y rupaan-pasar y antü-día: llueve todo el día.

Millalauco.—De milla-oro y lavquen-mar: mar de oro.

Millalermo.—De milla-oro y lemu-bosque: bosque de oro.

Millapoe.—De milla-oro y pue-vientre: vientre de oro.

Millo.—De millo: una gramínea que da una semilla que embriaga, o bien de milla, oro.

Nico.—De nicum-abrigo o amparo.

Ongolmo.—De encoln-subir a gatas y mo-en: subir a gatas o escarpado.

Orompello.—De urum-encías y pelu-almeja: encías de almeja.

Paicabí.—De pay-cahuin: donde hay fiestas.

Painaguala.—De payne- azul y guala-pato: pato azul.

Palta.—Nombre de un pueblo de indios promaucaes.

Penco.—De pegu-co: agua del peumo.

De pen-co: se ve agua.

Peteguelén.—De peyu-todavía y huelén-desgraciado.

Picol.—De piculhue-flauta.

Picoldo.—De piculthum-tocar la flauta.

Pillolco.—De pillu-garza o pillo y co-agua: agua de pillo.

Pinol.—De pinu-paja menuda.

Puchicalco.—De pichi-pequeño y calco-brujo: brujito.

Puran.—Vale ocho.

Puren.—Los brujos.

Pran.—De pramm-levantar: arrogante.

Rengo.—De rencoy-calcañar.

Talcahuano.—De thalca-trueno y huenu-altura: trueno de altura.

Talco.—De thalca-trueno.

Talcuen.—De thalca-trueno y uun-boca: boca del trueno.

Tehualda.—De huala-ave acuática del sur.

Teguan.—De tehua-perro.

Titaguano.—De thitan-desnudo y huenu-arriba: desnudo de la cintura arriba.

Tomé.—Totorá.

Torquin.—De thorcun-mollejas de ave.

Tucapel.—De tutuca-pel: cuello de trompeta.

Tunconabal.—De tunco-parte carnososa del cuello y nahuel-tigre: cogote de tigre.

Trulo.—De thula-cisne chileno.

Sólo han quedado sin etimologías ciertas o muy probables, diez o doce nombres, que, salvo los de Fresia y Gracoloano, comprenden personajes de inferior categoría: Fresolano, Crino, Torbo, Narpa, Pon, Cron, Zinga y Polo.

Todo esto indica que los nombres propios de los araucanos, salvo estas poquísimas excepciones, no han sido inventados por Ercilla. La mayoría de ellos fueron, efectivamente, personajes que actuaron en la guerra de Arauco.

Pero cuando él quiso contar algo que no era sino legendario o episódico y se vió obligado a poner nombres a estos héroes secundarios, lo hizo, seguramente, dándoles denominaciones tomadas de boca de los mismos indios o españoles que habían guerreado antes que él.

Por eso la generalidad de estos nombres tienen etimología araucana aún cuando no correspondan a personajes reales.

Nombres geográficos del poema y otros análogos de origen araucano

Como un complemento útil a la lista anterior y como una ayuda para las personas que se hayan interesado por las etimologías de los nombres propios que aparecen en La Araucana, damos aquí el significado de las denominaciones geográficas que Ercilla empleó y además el de algunos nombres de

aldeas, haciendas, balnearios, puertos, ríos y lagos de Chile de origen araucano.

En algunos países de Europa, es corriente acostumar a los jóvenes estudiantes a conocer el significado de los nombres del territorio o región que habitan. En otros que tienen grandes bellezas naturales, no sólo hay guías preparados para conducir a los viajeros, sino para explicarles los significados y leyendas del país. Así se estimula el interés de los turistas.

Entre nosotros, con vergüenza lo confesamos, los viajeros sólo encuentran la más perfecta ignorancia y aún la indiferencia más completa sobre todo lo que se refiere a la leyenda y significado de los lugares por donde pasan.

Tiene además el significado de los nombres de lugares, la influencia de que con él se puede saber en algunos casos, la naturaleza del suelo, las riquezas que guarda o los peligros que encierra para la industria o la agricultura.

En Chile, país en que la mayor parte de los nombres geográficos son de origen indígena, tiene suma importancia este conocimiento, pues no podemos dar un paso fuera de las ciudades, sin encontrarnos con los nombres de origen araucano que pueden ser para nosotros un guía seguro y previsor.

Así en la región en que éntre la palabra *milla* había o puede haber terrenos auríferos; donde esté la palabra *co*, habría agua; donde encontramos la voz *lemu*, había bosques; donde aparece la palabra *trumag* hay cenizas volcánicas.

Arauco.—De *ragh-greda* y *co-agua*: agua de *greda*.

Andalien.—De antü-sol y lien-plata: plata de sol.

Ancud.—De anun-cudpi-almácigo de papas.

Aconcagua.—De conca-gavilla de paja para techar y de hue-lugar: donde hay gavillas para techar.

De conca-gua: caña de maíz.

De a-cun-cad-hua: llegar donde hay mucho maíz.

Antilhue.—De antiin-hue: lugar donde quema el sol.

Apoquindo.—De pu-signo plural y de cünthal-quintral: los quintrales.

Batuco.—De vathu-espadaña y co-agua.

De vatue-co: tierra que contiene agua.

Bio-Bio.—De viu-viu: hilos de agua.

Camarico.—De camaricu: regalo que los indios hacían a los españoles.

Concón.—De una especie de lechuga del mismo nombre.

Curicó.—De curi-negro y co-agua.

Colmo.—De culme-miserable.

Cunaco.—De cuna-cortadera y co-agua: agua de la cortadera.

Collipulli.—De colli-colorado y pulli-colinas cerros colorados.

Cahuil.—La gaviota.

Calbuco.—De calvü-azul y co-agua.

Carahue.—De cara-ciudad y hue-lugar: lugar donde hubo una ciudad.

Calafquén.—De ca-otro y lauquen-mar: otro mar.

Carampangue.—De caran-poblar y panguie-yerba de este nombre: población donde hay pangues.

Curacautín.—De cura-piedra y de cauten-muy verde: piedra muy verde.

De cura cautun: pedregal.

Curanilahue.—De cura-piedra y de gilahue-vadear: vado de las piedras.

Conchali.—De concho-heces y de ali-ardientes.

De concho-lil: sedimento o fondo de peñas.

Cauquenes.—De cauquen: un ave.

De cauquen: traspasado de agua.

Catillo.—Diminutivo castellano de cathün: cortado o impedido.

Chacabuco.—De chacai-pu-co: agua de los chacayes.

El chacai es un arbusto espinoso.

Chile.—Del aimará Chilli nombre que los peruanos daban a este territorio por ser un país muy remoto, que está al fin de la tierra.

Chimbarongo.—De thünvülh-torceer y lonco-cabeza: cabeza torcida.

Gultro.—De culthun: tambor.

Hualañé.—De huala: especie de pató y gne-ojos ojos de huala.

Iloca.—De ilocan-hacer comer carne o donde comen carne asada.

Itata.—De üthan-pastar.

Jahuel.—De jahuel-vertiente o pozo.

Laja.—De laja, piedra pizarra.

Lampa.—De lampa-lobanillo o de lampa-azada.

Laraquete.—De lar-quethe: Sin barba.

Limache.—De lin-cueva y machi-brujo: cueva de brujos.

Lota.—De lov-tavn: rancheríos.

Lonquimay. — De logcün-tupido y mahuidamonte.

Lolenco.—De lolen-pozos o cangrejeras y co-agua.

Lontué.—De lom-profundo y tué-tierra.

Loncomilla.—De lonco-cabeza y milla-oro.

Llay-Llay.—De llagh, llagh-mitades o medio a medio.

De llaññ llaññ pérdidas.

Llaima.—De llañmay-se escurre.

Llolleo.—De llole-hue: lugar de nasas.

Llanquihue.—De llancünhue-zambullida.

Malloco.—De mallo-cal o greda blanca y co-agua agua de cal.

Mapocho.—De mapu-tierra y chogn-hundirse rio que se hunde en la tierra.

Malleco.—De malle-tio y co-agua.

De malle-greda blanca y co-agua.

Maipú.—De maipun-romper la tierra.

De maipun-tierra pareja o llana.

Macul.—De mancuül-dar a otro la mano derecha.

De mahu-cuel: cerro de las lluvias.

Malvoa.—De ma (mü) llvoe-hacer leña.

Mataquito.—De matu, ligero ycütu, riega

Mauñin.—Llover actualmente.

Melipilla.—De meli-cuatro y pillan-diablo.

Melipulli.—De meli-cuatro y pulli-colinas.

Millarapue.—De milla, oro y repuhue, donde hay caminos: caminos de oro.

Mulchén.—De muluchén-indios arribanos.

Ñuñoa.—De ñuño, huilmo (planta) y de hue lugar.

Ocoa.—De uco-hue: lugar de vertientes.

Nahuelbuta.—De nahuel, tigre y vuta, grande.

Nancagua.—De name-ca-hue: otro lugar perdido o aislado.

Pichilemu.—De pichi-pequeño y lemu-bosque.

Pirque.—De pilque-manta de indios o del quichua-pirca-pared.

Pelequén.—De pele-que: haber barro.

Paniahue.—De pañagh-solana y hue-lugar: lugar donde se toma el sol.

Paine.—Color azul.

Panimávida.—De pangui-león y mahuida-monte; monte de leones.

Panguilemu.—De pangui-leon y lemu-bosque.

Puyehue.—De puye-pecesito y hue-lugar.

Puchoco.—De puchun-co: sobras de agua.

Polpaico.—De por suciedad, pay-vino y co-agua agua que viene sucia.

Petrohue.—De pülthon-hue: humareda.

Puchuncaví.—De puchun-sobrar y cahuín fiesta donde hay sobra de fiesta.

Pudahuel.—De pu-dahuel: las pozas.

Peulla.—De peullea-brotarán las plantas.

Peñalolén.—De pünad-gavilla y lolen-cangrejera gavilla de trigo de la cangrejera.

Quilicura.—De cülü-inclinado y cura-piedra.

De quelü-rojo.

Quilpué.—De cullpo-tórtola y hue-lugar donde hay tórtolas.

Quillota.—De cüillon-lindero: quillutay: que es deslinde.

De cüillutun-lavarse repetidas veces la cara.

Quirihue.—De cüri-hue: extravío.

Quiriquina.—De cüirin-extraviar y cüiga-linaje linaje extraviado.

Reloncaví.—De rülon-zanjón y cahuin-reunión: reunión de zanjones.

Rere.—Pájaro carpintero.

Rancagua.—De renca-planta chilena y hue-lugar.

Reñaca.—De rügan-cavar pozo y co-agua agua de pozo.

Renaico.—De rügan-cavar y co-agua.

Renca.—De una planta chilena llamada así.

Rucapequén.—De ruca-choza y pequén-ave, especie de lechuga. Cueva del pequén.

Ranco.—De ran-jaiba y co-agua: agua de jaibas.

Riñihue.—De rügi-colihue y hue-lugar: colihual.

Rupanco.—De rupan-pasar y co-agua: agua pasada para acá.

Rungue.—Cada una de las varillas que sirven para revolver el grano que se tuesta.

De rügi-colihue.

Talca.—De thalca-trueno.

Teno.—De thüno-encogerse.

Til-Til.—De thilu-rajarse (repetido: rajarse mucho) (la tierra o una pared).

De thili-los triles (aves).

Tinguiririca.—De thügin-redondo y lican-cuarzo.

Tolhuaca.—De tol-frente y huaca-vaca.

Tobalaba.—De thovü-cobarde y lava-sabandija.



BIBLIOGRAFIA

- Literatura colonial chilena.*—J. T. Medina.
La Araucana.—J. T. Medina.
Las mujeres de La Araucana.—J. T. Medina.
Historia de la poesía Hispano-Americana.—M. Menéndez Pelayo.
Los héroes indígenas de La Araucana.—T. Thayer Ojeda.
Don García de Mendoza.—Crescente Errázuriz.
Pedro de Valdivia.—Crescente Errázuriz.
Historia de La Araucanía.—Tomás Guevara.
Folklore Araucano.—Tomás Guevara.
Comentario del pueblo araucano.—Manuel Manquilef.
La epopeya de Chile.—Antonio Bórquez Solar.
La Araucana.—Abraham König.
Bajo la dominación española.—Domingo Amunátegui Solar.
Descubrimiento y conquista de Chile.—Miguel Luis Amunátegui.
Diccionario etimológico.—Dr. Rodolfo Lenz.

Diccionario Hispano Chileno. — R. P. Andrés Febres.

Glosario etimológico.—Fr. P. Armengol Valenzuela.

Vocabulario etimológico de nombres chilenos.—Julio Figueroa.

Historia General de Chile.—Diego Barros Arana.

Historia General del Reino de Chile.—Fr. Diego de Rosales.

Memoria.—Antonio de Quiroga.

Historia de Chile.—José Pérez García.

Cautiverio Feliz.—F. Núñez de Pineda y Bascuñán.
